

Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (coords.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (trad. de María Barberán, María Pepa Palomero, Fernando Borrajo y Cristina García Ohlrich), Madrid, Taurus, 1998, 585 pp.

Everardo G. Carlos González
Universidad Autónoma
Metropolitana Iztapalapa

Este es un libro que, sin duda, reviste importancia tanto por la calidad de cada uno de los artículos presentados como por el impresionante intento de revisión y síntesis de la historia de la práctica de la lectura en occidente, desde el siglo V a.C. hasta nuestros días. Los temas abordados mantienen una división por periodos históricos que en sí no resulta novedosa, pues se comienza desde la Grecia Clásica para pasar luego al Imperio Romano, la Edad Media, el Renacimiento, la Ilustración y la Época Contemporánea. En este sentido, resulta lógico que se proceda de tal manera, ya que fundamentalmente lo que se intenta observar es la génesis y desarrollo de la cultura occidental a través de una de sus facetas más fascinantes: el uso de la escritura, la lectura y la evolución de los dispositivos para la fijación de los textos. Así, desde los per-

gaminos hasta el uso de la computadora, media una serie de transformaciones que no solamente son de tipo técnico y material, sino también sociales y culturales. Pero si bien la periodización resulta convencional, no así el enfoque teórico y metodológico que comparte la mayoría de los investigadores que escriben en esta obra y que, de hecho, le confiere unidad conceptual a la misma.

Así, Guglielmo Cavallo y Roger Chartier plantean, desde la introducción, los problemas básicos que se intentan dilucidar: primero, que la lectura no está previamente inscrita en el texto, es decir, que existe una distancia (hay que remarcar esto) entre el sentido que transmite un texto, una vez que ha adquirido una forma definida, en el dispositivo portador de lo escrito y lo que potencialmente son capaces de realizar los lectores, una vez que se encuentran ante éste. En consecuencia, el texto existe en la medida en que hay un lector que lo lee. Aquí es donde comienza la historia de las prácticas de la lectura porque al historiador lo que ha de interesarle son las maneras específicas que históricamente se han dado de la relación entre *el mundo del texto* y *el mundo del lector*, y que confieren significados distintos de lo escrito ante formas diferenciadas de apropiación cultural. De este modo, dichas prácticas no pueden explicarse única-

mente a partir de *un desglose social previo* cuyos constreñimientos limitan el acceso a lo escrito y que generan distancias culturales entre distintos tipos de lectores. Para los autores, las diferencias sociales y económicas de los actores sociales adquieren un carácter diferente frente a lo escrito, ya que los textos hacen posible la existencia de una *identidad de las prácticas* que distintos grupos de lectores (unidos por vínculos que pueden ser generacionales, religiosos, profesionales, etc.) comparten en determinadas épocas. Se constituyen, de esta manera, *comunidades de interpretación* unidas por formas parecidas de rumiar lo escrito, de oralizarlo en público o en privado, de acompañar el acto de leer con gestos y ademanes, de emprender una lectura de comprensión profunda o superficial, de usar lo escrito con fines intelectuales o simplemente lúdicos, en fin, cada una de estas maneras nos refleja que el acto de leer no es sólo una empresa individual, sino que al estar socializada, genera actitudes culturales, conservadoras o promotoras del cambio, en los ámbitos familiar, comunitario, escolar y político.

Prácticas que forzosamente han de requerir una contextualización con las transformaciones sociales y económicas que ha experimentado la cultura occidental a lo largo de dos mil años. Así,

cambios graduales y coyunturas desplazan antiguas formas de relación ante lo escrito hacia otras nuevas; los logros de la alfabetización, la aparición de nuevos procedimientos de fijación de los textos, la creación de las lenguas nacionales, el surgimiento de los empresarios editores, la aparición de nuevas formas de fiscalización y control político, son sólo algunos de los factores que impiden que la apropiación cultural de lo escrito por parte del lector sea arbitraria y no exenta de coacciones. Por lo tanto, las formas y procedimientos inducen los gustos y el tipo de lectura, así como sus alcances. No obstante la existencia objetiva de estas fronteras, los lectores son capaces de trazar su propio espacio de interpretación e identidad, sea esta de tipo individual o comunitaria. La inventiva y la acción de las normas son los dos planos de análisis a través de los cuales se desarrolla la historia de la lectura en occidente.

Jesper Svenbro, al hablar de la práctica de la lectura en la Grecia antigua, se ocupa de la forma en que la arraigada tradición oral de transmitir noticias y conocimientos desempeñaba un papel primordial de la sociabilidad de los grupos. Con más de diez verbos distintos para expresar la acción de *leer*, el autor da cuenta del hecho singular de que para dicha cultura el lector y la voz lectora eran un instrumento, y que lo

escrito suponía necesariamente una sonorización. Esta extraña preferencia nacía de motivaciones estéticas y filosóficas de una sociedad que valoraba la presencia física de la voz y la belleza del sonido. Sin embargo, tener una voz frente a otros tenía implicaciones políticas importantes, pues la condición de ciudadanía, paradójicamente, podía verse menoscabada al considerarse al lector como un esclavo, un simple portador de la voz de otro, sin voluntad propia ante lo que leía. Es decir, en un principio, en la cultura griega se procuraba no confundir el enunciado leído y la voz del lector, situación que iría cambiando con el tiempo al darse una progresiva interiorización de la voz hacia una práctica de lectura silenciosa (en donde el teatro desempeñó un papel importante), pero que finalmente sólo involucró a un número limitado de personas en el marco de una cultura fundamentalmente oral. En cambio, en la Roma de la antigüedad, la práctica de la lectura, señala Guglielmo Cavallo, adquiere una connotación distinta, no obstante ser heredera de la filosofía y de la tradición literaria de los griegos; en Roma el contacto con los libros (el rollo y posteriormente el códice) tomó un camino lúdico, donde un verdadero afán de *libro maniaco* acompañó la expansión del imperio. Una experiencia que no necesariamente estaba restringi-

da al ámbito intelectual, sino también existía en la vida doméstica e íntima de las familias romanas. Si bien el acceso a los libros era limitado debido a los costos de su reproducción, es posible observar una mayor amplitud en su uso a partir de la aparición de las bibliotecas, la mayor parte de ellas privadas (y que se acompañó de un incremento en la alfabetización). Además, otros grupos sociales también tuvieron acceso a los textos y, por ende, puede apreciarse una mayor preocupación de algunos autores por satisfacer las necesidades de un público lector menos culto y popular. Pero las diferencias socioeconómicas de los lectores no se traducen en una separación ante lo escrito, porque no sólo se compartía el mismo tipo de lecturas entre éstos, sino inclusive, una misma manera enfrentarse ante el texto. La forma de escritura y el manejo de los rollos obligaba a un tipo de lectura cuyo aprendizaje y construcción de sentido requerían de oralización y práctica constante. Una lectura *interrumpida* que permitía leer secuencias de imagen y texto de manera simultánea, los signos ortográficos más que ayudar a la comprensión lógica de lo escrito servían para facilitar la estructuración retórica del discurso en voz alta. Aun cuando se daba un predominio de lo oral también podemos observar en la cultura romana la lectura silenciosa que

se practicaba en la correspondencia íntima y en algunos textos literarios. Un cambio importante ocurrió en la práctica de la lectura de la antigüedad con la aparición del códice (que se consolida hacia el siglo III d.C.), que implicó una nueva relación ante lo escrito, tanto por su menor costo en comparación con los rollos (se podía escribir en ambos lados del pliego de la hoja), como por sus implicaciones en la distribución del texto y en la creación de nuevos dispositivos para una localización y uso más fácil de la información. Estas ventajas no se harían sentir de manera inmediata en las prácticas de la lectura, pues durante los primeros años del cristianismo (los conversos a la nueva religión adoptarían casi inmediatamente el códice para fijar en éste las sagradas escrituras) se conservarían las formas antiguas de oralización de los textos en el marco de una serie de transformaciones sociales y políticas de la decadencia del Imperio Romano, y que, además, iban acompañadas de una disminución del número de alfabetizados. Pero una cosa importante ocurriría, y es que la noción misma del *libro* que hoy tenemos apareció en este periodo.

Cuatro autores, Malcolm Parkes, Jacqueline Ámese, Paul Sanger y Robert Bonfil dedican su atención a la Edad Media y nos muestran cómo se pasa a un tipo de lectura más apegada al

canon y la liturgia de la religión cristiana: una lectura, en un inicio silenciosa e individual *con el fin de no molestar a los demás*. Pero también es un periodo de aprendizaje y experimentación de los amanuenses enclaustrados en el tratamiento de los textos, pues muchos de los dispositivos que hoy nos resultan familiares, que guían la lectura y la localización de la información en los textos (índices, glosarios, uso de mayúsculas, separación de palabras, signos de puntuación, etc.), toman forma en ese larguísimo periodo de la historia de Europa; una lectura esencialmente limitada a una minoría letrada cuyas interpretaciones debían estar guiadas por la fe verdadera y regida por reglas propias, que rumiaba los textos y se apoyaba en la memorización. De ahí la importancia de diseñar formas eficaces en el manejo de los libros, como por ejemplo, la introducción de la escritura discontinua, lo cual redujo la dependencia de la memoria auditiva. Además, aparecen los compendios y florilegios para encontrar rápidamente los fragmentos de textos, así como las ruedas giratorias que permitían leer varios libros a la vez. En consecuencia, nos encontramos ante un tipo de lectura disperso y muchas veces superficial en la comprensión del sentido de los textos. Se pasa entonces de una lectura monástica a otra de carácter universita-

rio y escolástico, dialéctico y erudito. Sin embargo, como lo muestra Robert Bonfil, existían en las ciudades medievales prácticas de lectura diferenciadas por parte de comunidades que rompían algunos de los esquemas de sus vecinos cristianos; tal era el caso de los judíos que conservaban elementos medievales en la escritura y en los textos que leían. Sin embargo, en sus prácticas culturales existían elementos profanos, como lo muestra, por ejemplo, el uso de la sinagoga como centro de la vida religiosa de la comunidad judía que además de ser espacio de culto cumplía funciones de *centro social* y biblioteca pública. No eran modernos, pero podemos ver la gemación de una nueva relación ante lo escrito.

Los restantes artículos, la mitad del libro, están dedicados un dilatado periodo que cubre los siglos XVI al XX. Así, el Renacimiento supuso una reacción en contra de la escolástica de los textos de la tradición medieval, para *contemplar a los antiguos tal como eran*. Se impusieron nuevas formas de interpretación de los textos y también nuevos gustos estéticos en su diseño y uso. Se desplazó la letra gótica por otras formas más vistosas y de fácil lectura, pero sería un error suponer que la invención de la imprenta configuró por sí sola nuevas formas de lectura, pues en buena medida los editores modernos

se apoyaron en los conocimientos acumulados por los copistas medievales en el diseño de los textos. Lo que sí cambió fueron los escenarios en donde se realizaba la lectura (en el estudio, el campo, la biblioteca, etc.), así como la posibilidad de que potencialmente se incorporaran nuevos grupos de lectores. Sin esta revolución de la lectura no se podría comprender la difusión del protestantismo y la erosión de antiguas nociones de legitimidad. En consecuencia, la aparición de maneras diferentes de apropiación de los textos implicó, a su vez, nuevos procedimientos de vigilancia y coerción ante la difusión de formas heterodoxas de lectura. Así pues, se trataba de guiar la lectura de los textos bíblicos a través de ediciones autorizadas, salterios, catecismos y de una lectura oral y comunitaria. Aun cuando el *dossier* de lecturas predominantes eran de tipo religioso, se ampliaron las estrategias editoriales, como lo muestra el artículo de Roger Chartier. Según este autor los libreros editores del Renacimiento reformularon los formatos de los textos para ponerlos a disposición de un público *popular*, y que al mismo tiempo nos hablan de maneras similares de leer entre las élites y los grupos subalternos. Así, las características morfológicas de lectura fragmentaria y de descontextualización de los textos que

tenía Menocchio no eran exclusivas de éste y se pueden encontrar en la lectura de las clases cultas.

La lectura durante la Ilustración y el siglo XIX constituyen verdaderos cambios en la relación del lector ante lo escrito. Se amplían los mercados potenciales de los lectores en el marco de sociedades cada vez más complejas y también las formas de lecturas que se hacen más extensivas y diversificadas. Nuevos lectores autodidactas, desgarrados en sus procedimientos, empiezan a manifestar sus propias opiniones, lo mismo que las mujeres, cuya presencia no pasó desapercibida a la atenta mirada de los escritores y pintores del siglo XIX. Y , por supuesto, la lectura será

comparsa entrañable de la revolución y el cambio político.

Para terminar, quizá lo que falta en este libro es una visión más crítica del término *occidental*, porque bajo esta denominación se entiende a Europa y Estados Unidos; sólo tangencialmente se habla de otras regiones del mundo que se inscriben en la misma tradición de pensamiento, como es el caso de América Latina. Tal vez por esta razón en su reflexión final Armando Petrucci señala que la impugnación del *canon*, es decir, de una forma hegemónica de ver la cultura de occidente, se encuentra hoy en un punto de inflexión hacia una nueva relación más crítica ante la lectura y el cambio histórico. Pero eso sólo el tiempo lo dirá.